

# El profetismo bíblico: Aspectos de su pedagogía

JOSÉ M.<sup>a</sup> ABREGO

Qué tiene que ver el profetismo con la educación? ¿Qué características de la profecía pueden decir algo a los pedagogos y educadores? Dicho de otra manera, ¿qué buscan los educadores en el profetismo? Estas y otras parecidas eran las preguntas que bullían en mi interior desde que me puse a pensar en el tema. Confieso en el fondo un cierto desasosiego por el uso habitual y restrictivo del adjetivo «profético» en nuestra cultura. Fácilmente se impone la serenidad y se logra abrir paso la luz.

Creo que son varios los puntos del fenómeno profético que pueden interesar a los educadores: en primer lugar la «forma» de la predicación profética; no menos interesante resultará una reflexión sobre su «contenido»; pero, sobre todo, es aleccionador echar una ojeada a las «consecuencias personales» que les ha acarreado el hecho de ser profetas.

## **LA FORMA**

Comenzando por lo más externo, hay que decir que la forma de la predicación profética merecería toda la atención por sí misma. La poe-

sía oracular no es accidental: sólo en poesía se pueden comunicar la fuerza y la emoción de los sentimientos más íntimos. Es fácil sospechar que la ramplonería es pasajera, sólo la poesía permanece. Y no era poesía conceptual; la lengua hebrea no se prestaba a ello. Está preñada de imágenes rústicas o ciudadanas, recogidas de la vida del pueblo. Dios no es el ser trascendente, omnipotente y creador, que resume todas las cualidades y en el fondo se queda sin ninguna; es abeto, alcázar, alfarero, carcoma, león, polilla, roca o sombra, fuego o nube, etc., según la característica que se quiera subrayar en la experiencia concreta. El pueblo se refleja en imágenes como álamo, azucena, breva, olivo o vid, doncella, esposa, novia o niño, hogaza, rebaño, paloma, vaca o vino; su historia es la de una esposa infiel o la de una niña abandonada; su futuro el de un muro que se desploma o el de unos huesos que reviven. ¿Quién no se siente incluido en alguna de estas imágenes? Tampoco el profeta es un personaje abstracto, o una función impersonal; su imagen corresponde a la del vigía, su efecto a la acción de una flecha; es mensajero, rebuscador, heraldo, espectador o volcán. No hay aspecto importante de la vida real que no sirva para explicar la profundidad de la acción de Dios en su pueblo (cfr. el índice literario del comentario a los profetas de L. ALONSO SCHÖKEL y J.L. SICRE, Madrid 1980, ed. Cristiandad). No vamos a hablar de su sonoridad, de sus recursos literarios, de su plenitud expresiva. Habría que leerlos en su propia lengua. ¡Qué difícil es traducir al poeta!

Más fácil es acompañar el ánimo al ritmo de la narración profética. El suspense de una visión, el sentido de un nombre o los avatares significativos de la vida de los profetas empalman mejor en el género narrativo. Dejamos para otro momento las cualidades narrativas y sus valores pedagógicos (recordemos el uso que Jesús hizo de las parábolas), de su inserción en la vida más que en la ideología; nos detenemos brevemente en el contenido de su mensaje.

## **EL CONTENIDO**

Es tópica la reducción del mensaje profético bíblico a la polaridad: anuncio-denuncia. *Anuncio* del plan de Dios, de su voluntad salvífica para el pueblo, anuncio de los bienes o castigos que se seguirán del

cumplimiento o rechazo de dicha voluntad; anuncio de la bondad y la misericordia de Dios. No es característica específica del profetismo, es también finalidad de la LEY. Basta echar una ojeada al decálogo para hacerse cargo del anuncio de cómo es Dios, el único y celoso, y de los males que reporta al pueblo el no guardar el Sábado o el romper las relaciones fundamentales de la vida social (Ex 20, Dt 5). Basta con leer unos pocos capítulos del Deuteronomio para descubrir que en la predicación explicativa de la ley tenía un puesto esencial el amor, la misericordia, la cólera, en una palabra la relación apasionada de Dios con su pueblo. Ese anuncio estaba hecho. Lo característico del anuncio profético es que el momento histórico presente está preñado de escatología, es el definitivo. Ya el Deuteronomio había unido el «hoy» del pueblo y el presente de Dios (Dt 5,1; 26,3-10.16.17.18). Con el profetismo escrito se descubre la inmediatez de lo definitivo: «Maduro está mi pueblo [=en el fin está], ya no pasaré de largo» (Am 8, 2). En el fondo no se trata de anunciar algo, sino a alguien; no se anuncia tanto la cercanía de un juicio, sino la venida de un juez; ni es tan importante la inesperada novedad de un hecho salvífico, cuanto la presencia constante de un salvador.

Pero el contenido del mensaje profético tiene una característica que los diferencia de otros anuncios de la voluntad de Dios: no es lineal, ni se presenta en la horizontalidad de lo lógico; tiene temas de absurdo, de estar abocado a la incomprensión y al fracaso, aunque sólo sea inmediato y aparente, pero con toda la fuerza del fracaso experimentado. El anuncio profético no genera seguridad, sino búsqueda; no tranquiliza, sino que provoca el cambio.

Por eso, quizás, lo más característico del anuncio profético es la *denuncia*. Denuncia de los males sociales que rompen el plan de Dios, denuncia de las falsas seguridades políticas o religiosas. A quien contempla con admiración el progreso comercial de Samaría, Amós le invita a descubrir las opresiones y violencias que en su seno proliferan (Am 3, 9-10); si los dioses se habían hecho los amos de la sociedad en tiempos de Oseas, éste acusa la falta de conocimiento de Dios y, en concreto, pone en primer plano las mentiras, asesinatos, robos, adulterio y homicidios (Os 4, 1-2); Isaías habla a los que se sienten satisfechos por la constante afluencia de fieles y la variedad de sacrificios que se ofrecen en el templo y, a través de los ojos de Dios, les

hace ver sus manos llenas de sangre y no precisamente de víctimas animales (Is 1,10,17); igualmente inquieta a quien confía en las alianzas militares y no en la fuerza del único que puede realmente salvar.

Así podríamos seguir resumiendo el contenido del mensaje profético en su aspecto de denuncia, en su inagotable deseo de revelar la realidad más profunda del momento presente. Es una visión de la realidad que pasa desapercibida para los ojos enfrascados en la lectura apresurada de lo cotidiano, pero es la única percibida por el filtro de Dios. También la ley contempla la realidad; los casos delictivos no se detallan «por si» ocurren, sino «porque» ocurren. Pero en su mismo articulado los contempla aisladamente, no como formando parte integral del entramado de la realidad; este aspecto es típico del anuncio-denuncia profético. Es fácil, por lo tanto, descubrir la denuncia de los aspectos negativos reales en el anuncio de un juicio.

Este descubrimiento de la realidad más real no se limita sólo a los profetas de «juicio». También al anunciar la «salvación», sobre todo en el exilio, los profetas denuncian la falta de esperanza, las pocas ganas de que las cosas cambien, la insolidaridad, la resignación empobrecida. Las tentaciones del desierto, con su añoranza de los ajos y cebollas de Egipto, no se limitan a la época del éxodo: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43, 14-21).

## **IMPLICACIONES PERSONALES**

En contraposición con el legislador anónimo y con el sabio común, el profeta se ve implicado personalmente en su tarea. Este ha sido tradicionalmente uno de los criterios de distinción entre el verdadero y el falso profeta (Miq. 3, 11; Mt 7, 16). No puede el profeta predicar su mensaje sin arriesgar su vida. Hay un reflejo evidente de esta verdad: los libros proféticos son los únicos del A.T. que se titulan por el nombre de sus personas. Sólo hay una excepción (el libro que hoy llamamos «ben Sira», recibe en griego el nombre de «Eclesiástico»): son los libros de Samuel, a quien también se considera profeta (1 Sam 9,9), probablemente por su relación (y contraposición, a veces) con la monarquía que él instauró. Los profetas no pueden permanecer anónimos o quedar ocultos por la importancia de su mensaje.

Nos fijamos ahora en este aspecto, viendo a modo de ejemplo cómo el mensaje influye en la vida de los principales profetas.

### *Nebi'im*

No tenemos muy claro el origen de estos grupos de «profetas», ni siquiera su finalidad; no sabemos si se nacía en el grupo o se enrolaba uno voluntariamente en él; no nos consta si había distintas clases de grupos «proféticos» (comparar 1 Re 18 y 1 Sam 19, 18-24). Bien es verdad que en algún momento y en ciertos ambientes debieron tener mala fama (1 Sam 10, 10-12; Josafat no se fía de lo que anuncian en 1 Re 22). Pero también es verdad que en algunos textos del AT (cfr. 2 Re 4ss.) aparecen con grupos religiosos, organizados en torno a un maestro a quien llaman «Padre» (2 Re 6,2.12.21); probablemente son grupos conservadores de la forma de vida patriarcal yahvista, ciertamente desarraigados del progreso de la civilización cananea; llevan una vida muy sobria, ya que no les sobran recursos: llenos de deudas (2 Re 5, 20ss.), de estracción social baja (2 Re 4, 1-7), les supone un grave problema la pérdida de un hacha (2 Re 6), etc. No es extraño que en estos grupos se genere un notable sentido de la libertad respecto a consideraciones sociales, junto con una notable independencia social y económica. Entre ellos se debió acuñar la frase «ser profeta». Es verdad que hablaban poco y anunciaban menos, pero pertenecer a los «profetas» les suponía todo un estilo de vida. En este ambiente se movieron profetas tan ilustres como Elías y Eliseo, para quienes la predicación del único Dios, comportaba el no servir a otros señores, don Dinero incluido. En el ambiente medio-oriental predicar el monoteísmo era un mensaje radical, que sólo podía darse en un contexto radical de vida.

### *Amós*

Con Amós da comienzo el profetismo escrito. Ser portavoz de la Palabra de Dios le supuso un cambio fundamental de vida. Se discute si era propietario de tierras y ganado o mero empleado; lo que no se discute es que tenía un modo de vida y que la Palabra de Dios le «arrancó» de allí, le desarraigó de su familia, de su pueblo, de su tierra y

hasta de sus tradiciones para hacerle predicar en el extranjero, en Betel. La palabra le hizo pasar el éxodo de la seguridad al riesgo. La gran discusión con el sacerdote de Betel se centra en el modo de ganarse el pan.

No es seguro, pero es elocuente la comparación de la figura de Amós con la del «hombre de Dios de Judá», cuya historia se nos cuenta en 1 Re 13. El final del «hombre de Dios» no desentonaría nada, imaginado para Amós, víctima de la Palabra que predicó contra Israel y contra otras muchas naciones. Poco más sabemos de la vida personal de Amós. Pero podemos afirmar que el rugido del león divino (Am 1,2) conmovió los cimientos de su vida personal (Am 9,1).

### *Oseas*

A Oseas le supuso algo más íntimo ser mensajero de la Palabra. Comencemos por sus hijos, bastardos por orden divina, y cuyos nombres explican por sí solos el anuncio del profeta (Os. 1). El nombre no es algo extrínseco a la persona; expresa el ser. Predicar el fin de la alianza exige engendrar en la prostitución un hijo «no-pueblo-mío». Más conocidas son las implicaciones en su vida matrimonial. Tampoco sabemos describir exactamente lo ocurrido, pero, como decían los defensores de cierta corriente exegetica, difícilmente podemos pensar que Oseas aireó unos problemas matrimoniales puramente ficticios. Nuestro ambiente social contemporáneo nos impide llegar a sintonizar con la fuerza desgarradora que impele a un hombre a casarse con una prostituta o a reconciliarse con una esposa adúltera. Aunque no lo vivenciamos, aceptaremos que esto le supuso una actuación mal vista por sus contemporáneos y, en el segundo caso, contraria a la ley de Dios (Dt 24, 1-4; Jer 3,1). La Palabra de Dios le llevó a actuar contra la Palabra de la ley (suele indicarse modernamente que una de las dificultades más serias que tuvo que tener Jesús, era verse acusado de blasfemo por los jefes religiosos de su pueblo). A Oseas no le acusaban los hombres, le reprendía la ley. Y todo, porque el perdón de Dios no tiene lógica. Desde su experiencia personal a Oseas se le ocurría una explicación: Dios mismo estaba dispuesto a saltarse su propia ley, con tal de hacer algo tan absurdo como perdonar a su pueblo. Este era su mensaje y aquella la repercusión inmediata en la vida del profeta.

## *Isaías*

Indiquemos, para comenzar el mismo fenómeno: «un resto volverá» o «pronto al saqueo, presto al botín» son los nombres de sus hijos. Cuando en la angustia de una guerra predica la necesidad de una fe inamovible en Dios, la existencia de su hijo significa todas las posibilidades de crecimiento de un «resto», de un retoño plantado por la fuerza de Dios (Is 7); un hijo le servirá también para expresar la juventud y el vigor de un imperio devastador como el de Asiria, dispuesto a crecer (Is 8).

En la personalidad de Isaías ha tenido que jugar un papel importante lo que cuenta en su «vocación» (Is 6). Todos sabemos que no narra un momento puntual de su vida, sino que en ella recoge los aspectos esenciales de su experiencia profética. Resalto algún punto. En primer lugar la asistencia al consejo divino. ¿Qué siente un hombre que de repente se encuentra inmerso en los secretos de la divinidad? Sensación de pequeñez y anonadamiento, expresados por Isaías en términos de impureza. Pero en él se da la regeneración por el fuego y brota una voluntad intrépida de ofrecerse a cualquier servicio, incluso el que conduce al fracaso (vv.9.10). Persona culta e influyente de Jerusalén está dispuesto a separarse de su pueblo y a vivir apartado como proscrito (Is 8, 16-20). Tengo la impresión que de entre todos los profetas es Isaías a quien menos renuncias (en nuestras categorías) le ha supuesto en su vida personal el ser profeta; sin embargo, es en su vocación donde más patente se resalta el fracaso personal de la predicación: dicho en sus palabras está llamado a hablar para que no oigan.

## *Jeremías*

Con Jeremías cambia fundamentalmente el decorado y los aspectos personales llegan a primera línea. Creo que con razón se puede pensar que Jeremías no es tan importante por el contenido de su mensaje, como por su propia existencia. Este profeta participa del trágico destino del libro (Jer 36) que contenía sus oráculos y profecías: no se conoce exactamente su contenido, pero sí que se escribió, que fue destruido y que se volvió a escribir, gracias a lo cual existe el libro que

tenemos en nuestras manos. En Jeremías la vida del profeta, su lucha interna y diaria, sus persecuciones y avatares personales alcanzan su máxima relevancia.

¿Qué diremos en concreto? Comencemos por su celibato. Jeremías no tiene hijos por ser profeta. En Jer 16 se le pide el máximo absurdo imaginable en el AT: renunciar a su futuro eterno (en la descendencia), desligándose absolutamente de su pueblo que ríe o llora. Cerca de 26 siglos de convivencia con el hecho celibatorio, ha logrado que nos parezca razonable o, al menos, que lo admitamos como posible. ¿Cómo puede experimentarse esta realidad en una sociedad en la que la mayor ignominia de una mujer es la esterilidad? No cabe duda de que para Jeremías el ser profeta tuvo consecuencias personales. No deseo entrar aquí en la explicación del hecho, pues nos llevaría muy lejos; me limito a constatarlo. Quizás, renunciando al futuro, gana el presente. ¿Qué presente ganó Jeremías? Persecuciones y cárcel. Se discute actualmente la cronología de Jeremías; una de las curiosidades que personalmente me moverían a profundizar en esa línea sería a averiguar si Jeremías ha vivido su ministerio profético más tiempo en libertad o en la cárcel; me atrevería a asegurar que conoció mejor los calabozos y mazmorras de Jerusalén que sus calles.

Podríamos pensar que al menos le quedaba el consuelo de su Dios. Tampoco; Dios se le había convertido en «arroyo engañoso de agua inconstante» (Jer 15,18). No estaba cerca cuando más falta hacía. Las Confesiones' son unos textos únicos para revelarnos su soledad. Ser profeta le ha costado a Jeremías soledad (15,17), persecuciones sin cuento (15,10), abandono de Dios y hastío de la vida (20, 14ss.). Es de los pocos profetas que confiesan haber hecho esfuerzos por olvidarse de la palabra de Dios, rehusando proclamar el mensaje recibido. A Jonás la palabra lo tragó como una ballena, Jeremías la sintió como fuego en sus venas, hacía esfuerzos por contenerla y no podía (20,8-9). Indudablemente su mensaje no era cerebral, lo llevaba dentro; pero no le gustaba (15,18; 17,16;20,8). ¡A nadie le gusta ser el aguafiestas de todas las reuniones!

¿Qué decir del contenido de su predicación? Al menos que no era ninguna buena noticia a simple vista: es ciertamente descorazonador avisar a su propio pueblo que ha llegado el momento de la derrota, la

hora del castigo. Su mensaje tenía, además, una buena dosis de paradoja, que lo hacía absurdo e inaceptable para sus contemporáneos. Jeremías venía a decir: «En este momento debemos aceptar la sumisión al rey de Babilonia para salvar lo mínimo del don de Dios: la ciudad, las casas, los campos...». Teológicamente es fácil calificar este mensaje de blasfemo: ¿Cómo puede un pueblo que confiesa su existencia como fruto de una acción liberadora de Dios, un pueblo llamado a la libertad, aceptar un mensaje de parte de su Dios que le exige la sumisión y la esclavitud? Tendríamos que suponer increíble a quien aceptara tal anuncio. No era difícil reconocer la desestructuración social del pueblo —difícil de corregir, por otra parte—, pero era impensable sacar la consecuencia que exigía Jeremías. Quienes le salvaban esporádicamente la vida no necesariamente estaban de acuerdo con su mensaje (Jer 26). Y habrá que añadir que el profeta fue consecuente con el mensaje que predicó: si había salvación en la Jerusalén cercada y sometida, él no podía aceptar los regalos de Babilonia (Jer 40, 1-5) y prefirió quedarse entre su pueblo, solidario con los «pobres, que no tienen nada» (Jer 39, 10), aunque ello le supusiera ser acusado de traición (43, 2-3) y arrastrado a Egipto por los que huían (43,6).

### *Ezequiel*

El profeta Ezequiel es todo un personaje en el mundo del profetismo. En él suele interesar, sobre todo, el mundo del Espíritu, de la subjetividad; su libro está plagado de visiones o de acciones simbólicas, episodios significativos de su vida personal. El interés actual de ciertos grupos esotéricos por el profeta Ezequiel tiene antecedentes: ha interesado a todos los grupos místicos y marginales del judaísmo. Su mensaje le hizo acreedor de dificultades serias para ser integrado en el canon profético. Y es explicable: no puede formar parte de la norma de fe (= canon) sin encontrar obstáculos un anuncio que pretenda en nombre de Dios que la gloria del Señor ha salido del templo de Jerusalén, que Dios ya no está ni le interesa estar entre aquellas veneradas ruinas del templo. Es verdad que narrará una visión en la que se reconstruye el templo y la gloria del Señor volverá a habitar en él para siempre (cps. 40-48); es verdad que tras esa reconstrucción ideal el pueblo volverá a repartirse la tierra; pero la desacralización del

templo pre-exílico, que posibilita su destrucción y el desierto del pueblo, le harán acreedor de las frases más duras contra la ciudad de Jerusalén a la que tacha de idólatra.

Estas son dificultades posteriores al profeta mismo, son obstáculos a su libro, a su tradición. También en su carne sintió la dureza de su mensaje. La vergüenza del afeitado (Ez 5; cfr. 2 Sam 10, 1-5) acompañó su anuncio de destrucción. Más duro le tuvo que resultar no llorar la muerte de su mujer, «el encanto de sus ojos» (24,15ss.). Su viudez sin lágrimas debe explicar que la destrucción de Jerusalén y sus habitantes es lógica: «haced como yo he hecho» (24,22). Otro punto interesó a Ezequiel: es el tema de los dos pueblos, que llegarán a unificarse (Ez 37,15ss.) a resucitar juntos (Ex 37,1ss.), porque juntos han sufrido el castigo. Simbolizándolo (Ez 4), se echó el profeta cuarenta días sobre el lado izquierdo (Israel) y otros 40 sobre el derecho (Judá).

Podríamos seguir enumerando las repercusiones, las muchas implicaciones del mensaje en la vida del profeta Ezequiel, y no hemos dicho nada de su destierro, sufrido desde la primera hora. Ese fue el duro mensaje de un desterrado. Su identificación personal con la palabra pronunciada, bien puede compararse con la de quien se come un libro (Ez 3).

## *Isaías II*

Vamos a concluir con Isaías II. Quizás fuera más sensato concluir aquí el recorrido que estamos haciendo por los profetas bíblicos, pues no sabemos nada de la vida de este profeta anónimo que prefirió protegerse a la sombra del gran profeta de Jerusalén. Sin embargo, hay un punto que nos permite continuar. En el texto de este magnífico poeta están insertos los «cánticos del Siervo», que con su carácter profético da cima a nuestro discurso. Sin muchas posibilidades de aceptación algunos autores han identificado su figura con la persona del profeta. En cualquier caso, el Siervo es un profeta de vocación (Is 49, 1-6), llamado a ser luz de las naciones y salvación del mundo entero; su misión de implantar la justicia en las naciones (Is 42,4) le llevará a la glorificación. Pero esa gloria no es la esperada. En el camino pensará: «en vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuer-

zas» (Is 49,4). ¿Por qué? Porque su gloria pasa por ser víctima de la maldad de los hombres. Los golpes, ultrajes y salivazos son la paga que recibe por decir a los abatidos una palabra de aliento (Is 50, 4-9). En el último cántico este siervo aparecerá en todo su esplendor martirial, entregando su vida para la salvación de todos (Is 52, 13; 53, 12): su persona crece como una raíz en tierra seca, desfigurada y repelente, pero en él recobrará la humanidad la justicia perdida. El sentido soteriológico de su personalidad profética «asombrará a muchos pueblos» (Is 52, 15). Tampoco en este caso conocemos al dedillo su mensaje, ni detalles de su historia. Sólo nos queda constancia de su final tan profético como su vocación; sólo sabemos que la Palabra no pasó por él como un fluir accidental, ni se redujo a vibraciones sonoras que salen de la boca.

Si algo hemos pretendido comunicar en esta exposición, es algo har-to sabido en teoría, pero poco reflexionado: Los profetas enseñan (anuncian-denuncian) una *palabra que no es la suya*, la reciben de Dios; a veces no les gusta, porque les desarraiga, les roba seguridades y 'normalidad', pero la llevan dentro, les sale del corazón y no pueden acallarla; se la enseñan *a un pueblo concreto*, que llaman «terco y obstinado», pero que difícilmente podrían aceptarla sin objeciones por su contenido paradójico; una palabra, finalmente, *que se hace vida* en sus personas. Un profeta no es un altavoz, sino el gran anunciador de una realidad tan misteriosa y divina como la pronunciada por Jesús en su Pascua. El es la Palabra de Dios; y la podemos escuchar y pronunciar, porque antes hemos oído la misma palabra (con minúscula), pronunciada por los profetas.